

El desarrollo de la voluntad política de las masas durante el rosismo

Fue durante la larga gestión política del Gobierno de Rosas (1829-1832; 1835-1852), a la que los intelectuales y escritores liberales se opusieron con tenacidad, cuando se sentaron las bases de la literatura nacional argentina, estableciéndose los ideogramas productivos de esta literatura, y planteándose la relación de los intelectuales pequeño-burgueses modernos y progresistas con el poder político del estado burgués empresarial y las dictaduras personalistas. Durante este proceso político se conformó, paralelamente, un nuevo sujeto político trascendente en la historia social de Argentina: las masas populares, que en relación dialógica con los caudillos fueron adquiriendo su propia fisonomía política y cultural.

Si bien los sectores populares habían participado activamente en las luchas de Independencia, fueron las guerras civiles las que permitieron a estos sectores pobres y marginales, especialmente a los peones rurales y a los gauchos, liderados por sus caudillos, tener un peso político en la conducción del estado recientemente liberado de la tutela colonial española (Rosasco 67-86). De entre esos caudillos: Quiroga, Ramírez, López, Bustos, Aldao, Rosas, será este último el que llegue a separar mejor el papel militar, que en algún momento los distingue a todos, del político, consagrándose a la función de estadista, y derivando la organización militar a sus subalternos. Será también Rosas quien logre mantener con éxito una relación política más duradera y trascendente con las masas populares, provocando indirectamente un prolongado conflicto y enfrentamiento con los sectores intelectuales y con los artistas y escritores.¹ Rosas transforma a las masas populares, de súbditos más o

menos pasivos, en interlocutores de una relación política que, si bien demagógica, consulta a estas masas sobre las cuestiones más importantes (Lynch 164-209). Conforman un escenario político en que las masas se transforman en actoras (de este protagonismo no queda ninguna duda cuando leemos *El matadero* de Esteban Echeverría). El líder o caudillo encuentra maneras de dirigirse a esas masas conformando un imaginario político nuevo, distinto al que había creado el liberalismo constitucional rivadaviano y los unitarios (Halperín Donghi 156-161). Ese espacio político es un espacio dramático personalista de diálogo simbólico entre el caudillo y el pueblo, en una relación simbiótica de identificación e interacción, que resulta crucial para el desarrollo del ideario político e histórico del estado nación que se está gestando. La pequeña burguesía liberal culta progresista europeizante entra en conflicto con los líderes populistas prácticos que atan el destino de las masas a los intereses de la alta burguesía nacional exportadora (a la que Rosas pertenece por su extracción social), rompiendo definitivamente con ellos. El discurso sofisticado, hiperculto de la pequeña burguesía intelectual no llega a las masas analfabetas, a las que no consideran indispensables para organizar política y constitucionalmente la nación. La alta burguesía, en cambio, recurre a los poderes de seducción del líder populista, Rosas, el caudillo "gaucho", que crea un discurso simple, basado en elementos sensoriales de alto contenido simbólico —vestimenta, imágenes, emblemas partidarios—, apelando a un proceso de recepción mitologizante, que reafirme en las masas su sentido de pertenencia a la nación. Si la pequeña burguesía se ma-

neja en un plano cultural fundamentalmente literario, Rosas apela a las complejidades y subterfugios de un mundo sígnico, "semiótico", con el cual logra comunicarse efectivamente con las masas, hasta hacerlas "rosistas" y crearles un sentido de lealtad y deber hacia su persona, transformándolas en sus deudoras.

Rosas ensaya mecanismos institucionales de consulta y participación popular que van desde el plesbicio y el voto, hasta las movilizaciones políticas. Suma a los símbolos políticos identificados con la reciente nacionalidad, como la bandera nacional, el escudo y el himno, nuevos símbolos identificados con su partido y su persona: el uso del color rojo en los uniformes militares y en las ropas civiles, tanto en la ciudad como en la campaña, la adopción de un estilo "rosista" de cabello y de barba, el empleo del rojo en la decoración de frentes y el mobiliario, el uso del retrato del dictador en las celebraciones civiles y religiosas. Consulta con frecuencia la voluntad política de las masas: en momentos de reclamar la Suma del Poder Público, que le daba el poder legítimo de constituirse en Dictador, como condición para asumir su segunda gobernación, no se conforma con la aprobación y el voto unánime de los miembros de la Cámara de Representantes de la provincia de Buenos Aires, sino que solicita también la consulta popular por medio de un plesbicio realizado en la ciudad y en la campaña para legitimar su poder, reclamando el consentimiento directo de las fuerzas populares además del apoyo de los operadores políticos. Sus partidarios debieron movilizar a toda la población para el voto.

Rosas contaba con una estructura partidaria que abarcaba tanto la ciudad como la campaña. Además de buscar el apoyo del pueblo llano, solicita y obtiene el apoyo de las otras instituciones de la sociedad nacional, especialmente la Iglesia y el Ejército (él fue

Comandante de Campaña primero y luego General del Ejército). Se asegura el apoyo político de los sectores económicos más dinámicos de la sociedad, en particular los grandes empresarios rurales o estancieros (sector al que él mismo representa), cuya actividad estaba dirigida fundamentalmente hacia la exportación y traía divisas a la federación rosista.¹¹ Rosas obtiene su poder solicitándolo directamente de aquellos que son sus depositarios. Así recibe de los Gobernadores de provincia la Representación de las Relaciones Exteriores de la Federación. Rosas consulta reiteradamente la opinión de los Gobernadores y los convence de la necesidad de delegar este poder en su persona. Los persuade de que, dado el momento extraordinario de anarquía y peligro de disolución nacional que sufre el país, es en beneficio del mismo delegar la suma del poder en un individuo, y que él es quien mejor puede asumir este papel. Esto lo transforma —sin ser mandatario de la nación— en la práctica, en un presidente de hecho mucho más legítimo que Rivadavia, que, siendo el primer Presidente constitucional de la nación, según la Constitución unitaria de 1826, se vio obligado a renunciar a su investidura ante la férrea oposición política que tuvo (principalmente de los estancieros) y prácticamente le impidió ejercer el poder (Bagú 6-28).

Rosas con frecuencia, y para probar el apoyo político con que contaba, presentaba la dimisión a todos sus cargos y privilegios ante la Cámara de Representantes de Buenos Aires, lo cual ocasionaba de inmediato movilizaciones políticas en su favor, en que tanto los sectores populares como las autoridades políticas e institucionales solicitaban a Rosas la continuación en su cargo. Rosas no sólo cultivaba las relaciones políticas con los sectores más poderosos y ricos de la sociedad sino también con los sectores más pobres y aún con grupos subestimados y menospreciados, como los gauchos,

los negros de la ciudad, las mujeres trabajadoras y los indios "amigos" que aceptaban trabajar para los blancos y criollos. Para esto siempre buscaba representantes carismáticos en los que delegar parte de su propio carisma de caudillo popular, entre éstos su esposa Encarnación y su hija Manuelita.

Rosas no marginó a la mujer de su mundo político, sino que cultivó muy especialmente las relaciones con éstas, valiéndose de su hija como intermediaria. Los sectores más desprotegidos de la sociedad: los gauchos pobres, los indios excluidos de sus propios territorios, los negros liberados de la esclavitud que realizaban tareas de servicios y oficios manuales, se sintieron por primera vez reconocidos como interlocutores de ese poder político absoluto que retenía en su persona este Dictador legitimado en sus funciones por el voto popular. El proceso de democratización y extensión de las facultades políticas de voto y plesbicio, de consulta política, a sectores en su mayoría analfabetos, que son integrados al cuerpo soberano de la nación, da a las masas populares un papel que las minorías ilustradas de los gobiernos anteriores no habían sabido darles. Contribuye a esto la capacidad personal de Rosas de mimetizarse con los sectores populares, de hacerse gaucho entre los gauchos y señor de salón entre los políticos porteños y diplomáticos extranjeros, y en todos los casos comportarse como un político de gran astucia y habilidad de previsión, así como sagacidad diplomática. Esto lleva a los sectores populares a identificarse con Rosas y reconocerlo como líder, como caudillo.

El respaldo que da la Iglesia a su gestión extiende el alcance "espiritual" de Rosas, acrecentando su posibilidad de comunicarse con las masas. Con habilidad teje símbolos políticos que el pueblo bajo puede asociar con su persona y poder particular. Más que "federalista" el pueblo se hace "rosista". Aunque hable de federalismo, la es-

tructura estatal responde a sus intereses personales más que a los del Partido Federal (o a ambos, pero si entran en conflicto hace prevalecer sus propios intereses por encima de los del Partido). El individuo se transforma en la representación misma del Estado, es el Estado, en el doble sentido de que él mismo creó el Estado, de lo que era una masa informe de poderes políticos regionales en conflicto y en proceso anárquico de disolución, y luego asoció este Estado a su propia persona, de manera simple y directa, en lugar de organizarlo como un complejo aparato de instituciones autónomas. El poder comenzaba y terminaba en él. Aunque existía formalmente una legislatura y un poder judicial, consideraba que la suma del poder público lo autorizaba, si lo creía necesario, a intervenir estos poderes y ejercerlos él mismo. En ningún momento disolvió esos cuerpos institucionales, pero en la práctica éstos operaban con su supervisión primero y luego, transcurrido el tiempo y afianzado su poder, eran una extensión de su voluntad y se limitaban a endosar sus juicios y decisiones políticas, legislativas y judiciales.

Si por un lado Rosas legitimó a los sectores populares como actores políticos de su régimen y como parte de un cuerpo político del que él mismo supuestamente dependía, puesto que eran el pueblo de la nueva nación, también los limitó en sus derechos aplicando leyes y regulaciones simples, estrictas y represivas. Lynch informa que durante los últimos años que ocupó el poder, cuando alcanza hacia 1848 la cúspide de su autoridad política, Rosas recibía personalmente todos los casos judiciales de juicios penales y, después de leerlos y analizarlos, anotaba al costado del expediente la sentencia que recomendaba, que el juez casi nunca desoía y consistía simplemente en unas pocas palabras: "azótenlo", "fusílenlo", "que sirva en la frontera", "prisión", etc.

(246-253). Su administración tuvo un corte penal y policial, y aplicó leyes penales de orden público estricto a esos mismos sectores populares que reconocía como interlocutores políticos. Sus ejércitos, en los momentos en que era Comandante de Frontera, y durante la Expedición al Desierto para contener a los indios y extender la frontera, eran de los más disciplinados y aplicaba severos castigos a los que desobedecían sus órdenes. No toleraba el robo ni la violación de la propiedad, y castigaba severamente a quien se hacía justicia por su propia mano empleando la violencia.

Rosas exigía a las masas populares disciplina, lealtad y obediencia ciega, pero no ahorra esfuerzo en demostrar su agradecimiento por esta devoción y gratificar a esas masas con fiestas y celebraciones, mejoras de salario, regalos y pagos con propiedades y tierras, especialmente durante la campaña al desierto (que gana para el Estado y la actividad privada territorios previamente ocupados por los indios), y cuando se expropiaban tierras de enemigos políticos. A los indios "domesticados" arrimados a las estancias o que servían en el ejército, les da obsequios y les hace pagar salarios como a cualquier otro peón o soldado. Envía regalos de animales a las tribus amigas, exigiéndoles el cumplimiento de los pactos y castigando con severidad la violación de la palabra empeñada. El objetivo es transformar la sociedad anárquica en una sociedad organizada y gobernable, que obedezca a las leyes. Su diplomacia de pacificación forzosa se extiende a todos los sectores populares, inclusive los indígenas.

Si Rosas es estricto en el uso de las leyes penales para contener y disciplinar a los sectores populares, que son sus aliados, es extremo en el trato de sus enemigos políticos. Hace un gran esfuerzo por ponerse al nivel de las masas, entenderlas y hablarles en su idioma, ser uno de ellos, pero no

hace ningún esfuerzo por ganarse a las minorías cultas que resisten su autoritarismo y se oponen a su dictadura. Las declara sus enemigas y las pone fuera de la ley, atacando sus instituciones, en particular la Universidad, a la que deja sin presupuesto. Ataca la prensa libre y no permite publicaciones periódicas de oposición.ⁱⁱⁱ Establece así mismo una policía política que vigila la conducta de los opositores y pone como requisito para recibir favores del régimen el ser partidario político de su gobierno.^{iv} Se interesa muy poco en ganarse a los sectores letrados y a la minoría intelectual, que se pone en su contra y, cuando la situación se hace intolerable en Buenos Aires, sale al exilio a Montevideo y a Chile.

Rosas es seductor y persuasivo para captarse la voluntad de las masas, pero es violento y brutal con las elites intelectuales. Tiene razón Sarmiento cuando dice que Rosas odia la inteligencia y la cultura (*Facundo* 358-363). Siente desprecio hacia la juventud letrada, quizá porque percibe en éstos su pretendida superioridad y la manera en que subestiman a las masas populares, a las que no reconocen derechos ni legitimidad, y a las que desprecian por su incultura, su "barbarie" y sus características raciales. Rosas se identifica con los hombres de la campaña argentina, los gauchos, en su filosofía de la vida y en su manera de ser, siente que ése es el verdadero carácter americano que debemos abrazar. Opone al desprecio de la elite intelectual su propia exaltación del mundo rural del gaucho, y contribuye a fundar lo que pasado el tiempo será el mito del gaucho, como raíz de la subjetividad nacional argentina y depositario de los valores nacionales auténticos.

Rosas se opone a las minorías letradas con violencia y desprecio, reprimiendo duramente la oposición política y lleva esta represión a un extremo inusitado cuando siente que esa oposición amenaza su régimen, que él identifica con la patria, la continuidad

y la salvación del estado nacional. El hecho de que poderes extranjeros como Francia e Inglaterra se opongan a su régimen y lo ataquen, bloqueando el puerto de Buenos Aires, y la oposición política inicie campañas militares de invasión valiéndose de esa ayuda extranjera, contribuyen a darle razón a su argumento de que los "salvajes unitarios", como llama a todos los opositores (por lo que termina siendo un sinónimo de antirrosismo), son enemigos del Estado y no sólo de él, son "anti-americanos" y deben ser excluidos de la nación. En la nación argentina sólo puede haber rosistas, porque Rosas es la nación y el Estado es una misma cosa con su persona. Se siente con el legítimo derecho de hacer un uso exagerado de la fuerza y a emplear el terror para atacar y deshacerse de sus enemigos políticos. El siente que el pueblo, al aceptarlo como dictador, le ha dado esta facultad: la de disponer de la propiedad y de la vida de sus enemigos políticos.

Pone a sus enemigos políticos en el mismo papel que a sus enemigos extranjeros: les puede declarar la guerra y aniquilarlos. Y contra los enemigos internos puede usar el terror como medio extremo para paralizar toda oposición a su poder. Concreta lo que John Lynch considera un ejemplo del "Leviatán" de Hobbes: se transforma en el gobernante supremo, dictatorial, que mantiene al Estado unido empleando la fuerza, sometiéndolo por el miedo, gracias a lo cual impide la fragmentación y la disolución del mismo (Lynch 180-190). Sarmiento reconoce en el *Facundo* que Rosas ha logrado efectivamente unir al país y disciplinarlo bajo su mando, aunque al precio de eliminar toda diferencia, toda oposición ilustrada, de sumergirlo en la barbarie (356-366). O sea, de mantenerlo en un estado social inferior al de la civilización. Sarmiento interpreta que Rosas odia la civilización, y toma, como modelo del Estado que impone, la organización feudal de la estancia

ganadera (Criscenti 97-129). Se apropia de conductas que derivan de la experiencia rural argentina, elaborando con ellas símbolos políticos: el degüello a cuchillo como modo preferido de ejecución, el empleo del rojo bárbaro de la sangre en los uniformes, la marca de hombres y animales para indicar propiedad, el sometimiento y la doma por medio del castigo y la violencia.

Rosas cuenta con la lealtad y el cariño de las masas. La pequeña burguesía intelectual, en cambio, acaba odiándolo. El no hace nada por ganarse su favor. Es evidente que se trata de un desprecio compartido. La experiencia de la tiranía hace meditar a los intelectuales sobre el valor de la libertad y el papel del pueblo en la nación. El pueblo, después de todo, era rosista, se había dejado seducir por un demagogo. Peor aún, el pueblo no era rivadaviano, el líder liberal y progresista, el campeón de la educación. La pequeña burguesía unitaria de profesionales y comerciantes tenía otro motivo para odiar a Rosas: representaba a la elite exportadora de productos ganaderos, los poderosos estancieros, que se habían adueñado de la economía del país. Rosas había concretado una alianza de estancieros y sectores populares, marginando del poder político a los comerciantes y profesionales. Los estancieros se apoderaron de la estructura productiva y de la comercialización, eran los que generaban la riqueza de exportación del país: los cueros, la carne salada y otros subproductos de la ganadería.

Rosas demostró que podía gobernar sin los sectores ilustrados, que se habían creído indispensables en la hora primera de la Revolución. Los unitarios no tuvieron más remedio que aliarse con los ingleses y franceses, alianza odiosa a los ojos del pueblo, que comprometía la soberanía nacional y la independencia política ganada no hace mucho. Para esa cultura letrada la figura del tirano se vuelve el símbolo por antonomasia de la barbarie po-

pulista, el terror dictatorial, el odio a las instituciones liberales y a la vida intelectual independiente. Justifican la invasión armada y el golpe de estado del General Lavalle en 1828, que arrebató el poder al General Dorrego, Gobernador federal electo de Buenos Aires, y lo fusiló sin juicio previo, interrumpiendo el orden institucional y desencadenando la guerra civil, así como el golpe de estado del General Rivera en la Banda Oriental, que derroca al Presidente Oribe y se mantiene en el poder con apoyo francés, por la sencilla razón de que éstos son enemigos políticos de Rosas (*Facundo* 207-214).

Rosas pasará a la historia de la literatura nacional en *Facundo*, "El matadero", *Amalia*, como el prototipo del tirano sangriento; el intelectual y el escritor se presenta a sí mismo como el luchador denodado contra la tiranía, amante del bien y la libertad. Esto genera una dinámica hermenéutica entre los intelectuales pequeño-burgueses y el poder político. Para las masas, los intelectuales ingresan en la historia política nacional como un grupo que hace gala de su superioridad mental frente al pueblo y lo desprecia; que proclama su propia superioridad, denuncia la inferioridad de las masas y exige se le entregue el poder político para liderar la nación. Los intelectuales y artistas liberales condenan a las masas por su origen étnico, justificando sus antipatías hacia ellas, basados en teorías racistas y anunciando su intención política de expulsarlas del cuerpo de la nación, por considerarlas indignas. A la intolerancia política de Rosas los intelectuales oponen su propia intolerancia intelectual. La cultura letrada se divorcia así de la formación política personalista de las masas que componen el nuevo estado y que, por primera vez, han logrado establecer una relación política duradera con un caudillo popular que las lidera, las reconoce, les da identidad política dentro de la nación. Los intelectuales sienten

atracción y repulsión hacia las masas iletradas, pero las reconocen como una amenaza para su hegemonía política liberal, basada en su superioridad mental y filosófica, en su "conocimiento" avanzado de la cultura moderna.

Rosas es el primero que profundiza la cultura política de las masas y en ese proceso les da identidad dentro de la nación. Si bien las moviliza y las desmoviliza por conveniencia, son súbditos sin voluntad propia, las transforma en un elemento de poder con el cual es necesario gobernar. Simultáneamente las somete a una estricta disciplina exigiéndoles lealtad y obediencia suma y las priva del derecho de cuestionar su política. Se presenta frente a ellas como un líder infalible con poder absoluto. Justifica su dictadura como una necesidad imperiosa para salvar al país de la disolución y la anarquía: el Restaurador de las Leyes constituye en su misma persona la nación y la ley. Sin él, no habría ley. Se asegura que los grupos populares y sectores políticos renuevan el contrato social que lo mantiene en el poder, renunciando repetidas veces a su cargo y rechazando su reelección hasta tener pruebas mayores de que el Partido Federal lo necesita en el poder.

La concentración personal del poder había sido una constante en el gobierno del Río de la Plata desde el establecimiento de la administración colonial impuesta por la corona española, tan distante esta misma de sus colonias, y se profundiza durante los primeros gobiernos revolucionarios. La tradición política colonial española primero, y la criolla después, prefieren el establecimiento de un poder personal y unívoco, a las complejidades de una infraestructura burocrática y pluralista, base de la sociedad democráticamente organizada. Rosas inicia la "educación" política de las masas populares, convenciéndolas de que el caudillo representa la ley y tiene el derecho de ejercer la violencia si es necesario en defensa de la ley, según

él mismo la interpreta. El caudillo es capaz de comunicarse con el pueblo, y esto lo transforma en un representante legítimo de la voluntad popular y en un interlocutor e intérprete de las aspiraciones políticas del pueblo. Entre el caudillo y el pueblo hay diálogo, no importa que sea un tirano. Entre los intelectuales y las masas hay incomunicación, mutuo miedo y desprecio.

Este enfrentamiento entre los intelectuales y la cultura política popular, entre la pequeña burguesía patriótica y las masas heterogéneas que componen el cuerpo político de la nación, se repite en la historia política de Argentina durante los gobiernos de Yrigoyen y, muy especialmente, durante los gobiernos populares del General Perón. Perón, como Rosas, se apoya en el pueblo bajo y el proletariado y da identidad política a sectores políticamente marginados de la sociedad, a pesar de estar integrados a la actividad productiva, incluidas las mujeres. Se vale, como Rosas, de su esposa, para canalizar las inquietudes populares. Concentra en sus manos el poder político y es adorado por las masas. Moviliza al pueblo, crea un diálogo con éste y pide constantes demostraciones de lealtad, cariño y apoyo político. Se mimetiza con los elementos populares y obreros. Respeta la heterogeneidad racial de las masas a quien los trata de "compañeros" y les llama con singular cariño sus "descamisados", mientras él mismo se mezcla con ellos en mangas de camisa, como un obrero más. Tiene una relación conflictiva con los intelectuales y la pequeña burguesía liberal, que lo desprecian y consideran un tirano sin legitimidad.

En la relación de la pequeña burguesía letrada con el caudillo y las masas subyace una diferente interpretación de lo nacional, y del papel político del líder. La pequeña burguesía intelectual no considera a las masas como interlocutoras políticas válidas, a menos que éstas se eduquen y

se "civilicen", es decir que su libertad y sus derechos políticos están limitados por su saber. Si no saben tienen que someterse a los dictados de los que saben. Para el caudillo de masas, que interpreta con buen o mal tino la voluntad popular, la voluntad política emana del "ser" de las masas y nadie puede privarlas de este derecho legítimo. El saber, especialmente el saber intelectual, es accesorio. La voluntad política se deriva del ser argentinos, ningún individuo nacido en el suelo nacional puede ser privado de su voluntad política. La pequeña burguesía antirrosista le niega al dictador y al pueblo legitimidad política, tratan de destruir al caudillo y a sus seguidores, especialmente a la peonada rural: los gauchos. La pequeña burguesía antiperonista y los sectores del ejército que derrocan a Perón por la fuerza, en 1955, en abierta violación de la Constitución, niegan al caudillo y a su partido legitimidad y lo proscriben, lo dejan fuera de la ley durante muchos años.

Estos caudillos de masas, sin embargo, no tienen en sus planes independizar a los sectores populares de su tutela. Mantienen una relación de clientelazgo entre los señores burgueses poderosos, la alta burguesía, y el proletariado, su base popular, pero excluyen de la alianza a la pequeña burguesía, por considerarla ilegítima a su modo: cambiante, extranjerizante, ignorante del verdadero carácter del pueblo. En el caudillismo hay una idealización casi mística de lo popular. El pueblo idolatra a su caudillo porque previamente el caudillo se ha hecho a imagen y semejanza del pueblo. Esto no significa que el caudillo no tenga sentimientos ambiguos hacia el pueblo, puesto que el caudillo es un ambicioso de poder. Pero el caudillo no tiene identidad política independientemente de su pueblo: son un "yo" y un "otro", que se dan mutuamente identidad y se esclavizan a un tiempo. La relación es naturalmente dramática,

por eso la profusión de ceremonias públicas políticas: ambos necesitan esa reafirmación para saber que existen, para poder verse reflejados como en un espejo. Por eso también la difusión de las imágenes del caudillo: el pueblo se ve y se reconoce en el caudillo, al adorarlo se adora en un acto de elemental narcisismo. El caudillo se siente, en nombre del pueblo, defensor de los ideales de la nación. Defiende tanto el cuerpo como el espíritu de la nación, su territorio como sus valores y su religión. Este tipo de caudillismo (diferente a la dictadura del proletariado concebida por Lenin) es el modo que asume el poder autoritario popular en los gobiernos de las burguesías nacionales.^v

La dictadura de Rosas fue un acontecimiento político central en la constitución de la nación: consolidó la unión territorial, dio identidad política a las masas populares, defendió la independencia nacional aún a costa de los más extremos sacrificios, generó un tipo de relación carismática entre el líder popular y su pueblo, legitimó el ejercicio tiránico del poder cuando la nación se encuentra en crisis o amenazada, separó la voluntad de las masas de la interpretación iluminada de las minorías intelectuales, divorciando la cultura popular de la cultura letrada elevada. En el Estado argentino la cultura popular no ha sido capaz, regularmente (aunque sí en situaciones excepcionales), de relacionarse con la cultura letrada de las elites, y viceversa.^{vi} Los sectores populares no han sabido apropiarse de la cultura letrada y la cultura letrada no ha podido dialogar con los sectores populares. Hay entre ellos un divorcio, mutua desconfianza y desprecio, como lo ejemplifica tan bien Echeverría en "El matadero".

Para la clase popular el estigma del educado es el oponerse a la persona

del dictador, no serle leal. Para el educado el individuo inculto es una amenaza a su libertad, representa un estado anterior del desarrollo social: la barbarie. La cultura letrada argentina y en particular la Generación del 37: Sarmiento, Echeverría, Alberdi, Mitre, Mármol, Gutierrez, ha registrado con fidelidad el dilema entre la cultura letrada y la dictadura rosista, desde su perspectiva antipopular y antirrosista (Halperin Donghi 17-39). Solamente el unitario Ascasubi fue capaz, en su *Paulino Lucero*, de condenar el rosismo desde una perspectiva populista, mostrando simpatía y comprensión hacia el gaucho y el espíritu criollo, reivindicando la cultura popular y el lenguaje rural independientemente de Rosas. Ascasubi defiende el sentido lúdico de la sicología criolla, su culto al coraje y su tendencia ostentosa, así como su alegría de vivir. Echeverría, Sarmiento, Mármol, en cambio, prefieren el cuadro trágico, mostrado desde la perspectiva del intelectual derrotado y pesimista (Shumway 51-60).

El rosismo conformó una nueva identidad política para las masas y generó un nuevo tipo de cultura política, cuyas consecuencias llegan hasta nuestros días. A la caída del dictador, las elites liberales, entonces en posición de ocupar el poder, expresaron su odio político al tirano victimizando a las masas, en particular al gaucho y a los caudillos federales, como lo registró tan bien José Hernández en sus artículos periodísticos y en el *Martín Fierro*. Esto creó en Argentina un divorcio visceral entre la sensibilidad popular y la cultura letrada, que la generación de Hernández y de los escritores criollistas de alguna manera trataron de subsanar, pero que subyace en el inconsciente cultural colectivo de la nación, y que se repitió durante el peronismo, en que volvieron a enfrentarse las masas populares y las elites cultas.

Obras citadas

- Ascasubi, Hilario. *Paulino Lucero*. Buenos Aires: Ediciones Estrada, 1945.
- Bagú, Sergio, José Campobassi y Juan P. Oliver. "Rivadavia, prócer o mito." Haydée Gorostegui de Torres, editora. *Historia Integral Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1974. Vol. 2: 6-28.
- Criscenti, Joseph. "Sarmiento and Rosas: Argentines in Search of a Nation, 1810-1852." Joseph Criscenti, editor. *Sarmiento and His Argentina*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1993. 97-129.
- Echeverría, Esteban. "El matadero." *Obras completas de Esteban Echeverría*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1951. Compilación de Juan María Gutiérrez. 310-329.
- Halperin Donghi, Tulio. *El espejo de la historia Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987.
- Hernández, José. *Martín Fierro. Ida y vuelta*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1944.
- Lynch, John. *Juan Manuel de Rosas 1829-1852*. Buenos Aires: Emece Editores, 1984. Traducción de Benigno Andrada.
- Rosasco, Eugenio. *Color de Rosas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo. Civilización y barbarie*. Madrid: Cátedra, 1990. Edición de Roberto Yahni.
- Shumway, Nicolás. "Sarmiento and the Narrative of Failure." Joseph Criscenti, editor. *Sarmiento and His Argentina...* 51-60.
- Weinberg, Félix, editor. *El salón literario*. Buenos Aires: Librería Hachette, 1958. Estudio preliminar de Félix Weinberg.

Notas

1. Los intelectuales y artistas participaron activamente durante muchos años de la vida literaria de Buenos Aires durante la primera y la segunda administración de Rosas, en que se publicaron obras de la trascendencia de *Los consuelos*, 1834, *Rimas*, 1837, de Esteban Echeverría, y *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, 1837, de Juan Bautista Alberdi. El momento culminante de la vida cultural de Buenos Aires durante esta época coincide probablemente con la creación del Salón Literario en 1837, en la librería de Marcos Sastre, en el que participan la mayoría de los jóvenes que luego constituirían en 1838 la política Asociación de Mayo. Recién en 1838 el gobierno de Rosas aumenta las medidas represivas contra la oposición local y los disidentes potenciales al

régimen (entre los cuales estos jóvenes intelectuales eran seguramente sospechosos), durante el conflicto que se desarrolla con Francia, que culmina en el bloqueo del puerto de Buenos Aires, mientras los unitarios, bajo el liderazgo militar del General Lavalle, planean la invasión militar al territorio de la Confederación. En ese momento todos los jóvenes —Alberdi, Echeverría, Gutiérrez, entre otros— deciden emigrar para proteger su seguridad y continuar con un trabajo político abierto de oposición desde el exilio. La única figura intelectual de nota que permanece junto a Rosas es el polígrafo napolitano Pedro de Angelis, que se transforma en el principal publicista de la dictadura y en editor del *Archivo Americano* (Weinberg 9-101).

2. El volumen de exportación del sector ganadero era mucho mayor de lo que uno puede imaginarse. Con una población total de poco más de medio millón de personas distribuidas en un enorme territorio, la Argentina exportaba más de un millón de cueros por año durante la década de 1830. La industria del cuero, así como los saladeros, que exportaban carne seca (charqui) a los mercados de esclavos de Brasil y Cuba, eran los que traían al país las divisas necesarias. La rentabilidad del sector comercial interno, en cambio, era muy baja. Ya tempranamente, durante el gobierno de Rosas, la Confederación Argentina se posiciona en el mundo como una neta exportadora de materias primas ganaderas (Lynch 78-79 y 101-126).

3. Su ataque a la prensa libre va más allá de impedir periódicos de oposición en Buenos Aires. Su ministro Baldomero García protesta en una visita a Chile en 1845 por el asilo político dado a Sarmiento, y Florencio Varela, el periodista líder de la oposición en Montevideo fue asesinado (se cree que por agentes de Rosas) en 1848.

4. La Sociedad Popular Restauradora, luego llamada Mazorca, fue creada en 1832 y liderada por Doña Encarnación, la esposa de Rosas, como una sociedad de apoyo para la reelección de Rosas, que buscaba sembrar el pánico e intimidar a los opositores. Cuando el régimen se sintió amenazado en 1838 por Francia y la oposición unitaria, la Mazorca se transformó en grupo parapolicial y desencadenó el terror contra la población, cometiendo numerosos asesinatos. Hay opiniones divergentes sobre cuántos asesinatos cometió la Mazorca, pero Lynch considera que la cifra de algo más de 2.000 ejecuciones, cometidas durante todos los años que estuvo Rosas en el poder, es justa, aunque no todas estas ejecuciones fueron cometidas por la Mazorca (Lynch 224-248). Rosas controlaba a la organización, a pesar que pretendía no hacerlo, y decía que la violencia era una reacción popular de justificada indignación para defender su régimen. Ante la crítica de la comunidad internacional, y ya superada la amenaza a su régimen, disuelve la Mazorca en 1846.

5. La relación de los grupos intelectuales con las masas populares difiere notablemente en las revoluciones burguesas y en las socialistas. Durante la revolución burguesa vemos desarrollarse este temor y aprehensión entre la burguesía y las masas populares, temor que el desprecio de los intelectuales y el caudillismo carismático expresan de distintas maneras: los intelectuales con su ansiedad de separar las aspiraciones de las masas de sus propias aspiraciones, y el caudillismo deseoso de controlar cualquier acción independiente de las masas y lograr su apoyo incondicional. En la revolución comunista se supone que el proletariado, la clase o grupo social señalado como el más dinámico y sobre el que resta el futuro del cambio social, es el que debe liderar por sí mismo la sociedad, pero...necesita de la vanguardia, en la que tiene especial papel el liderazgo de los intelectuales —que se transforman en aliados— para poder concretar la Revolución. La revolución comunista requiere de una interpretación histórica tan compleja de lo político — interpretación que el materialismo histórico reputa “científica” — que difícilmente una persona sin excelente educación “burguesa” podría llevarla a cabo. Tanto Trosky como Lenin, líderes de la Revolución Bolchevique, eran notables intelectuales, de gran cultura y educación, escritores de primer nivel. Aquí los intelectuales se unen a las aspiraciones del pueblo, y no a las de la pequeña burguesía profesional, como ocurre durante las guerras civiles argentinas. El riesgo latente en la revolución comunista es que los pequeño-burgueses intelectuales, lejos de desclasarse sinceramente, acaben por ignorar los objetivos de la revolución proletaria, constituyéndose en una burocracia permanente y actuando según sus propios intereses, con el objetivo de perpetuarse en el poder.

6. Dentro de estas excepciones tenemos que considerar a la poesía gauchesca, en particular la de José Hernández y su crítica al liberalismo, en ese momento en el poder; la poesía pro-inmigrante de Almafuerte, hacia el fin de siglo y el papel de la música popular urbana —el tango— a principios del siglo XX en el litoral argentino.